

(d)

KAWTHER SALAM*

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y LAS VIOLACIONES DE LOS DERECHOS HUMANOS EN EL ÁREA DE CONFLICTO

Me convertí en refugiada política en Austria como consecuencia de mi trabajo como periodista en el área de conflicto durante los pasados 23 años. Aunque hoy les voy a hablar sobre mi experiencia, no soy una excepción. De hecho el periodismo es una profesión problemática en todas partes. Cuando los periodistas cumplen su misión en la sociedad y hacen su trabajo mostrando las violaciones de los derechos humanos, la corrupción y los escándalos en organismos oficiales, gobiernos y otros grupos poderosos, siempre se crean problemas a sí mismos. En este sentido no es diferente ser periodista en dictaduras o en democracias.

Mi destino era ser una mujer, defensora de los derechos humanos, activista por la paz y periodista en el área del conflicto, y trabajar bajo la ocupación israelí y sus inhumanas leyes militares, en medio de una sociedad árabe, conservadora y machista, en la que se violan sistemáticamente los derechos de las mujeres. Para una mujer es muy difícil trabajar como periodista y estar en primera línea, enfrentándose al mismo tiempo a los hombres y a la ocupación.

Comencé a trabajar como periodista en 1984 sacando a la luz algunos escándalos en los ámbitos de la educación y salud pública de mi patria. Todavía recuerdo los problemas que mi familia tuvo que sufrir debido a mi trabajo como periodista. Publiqué mi primer reportaje en el *Al-Fajr Daily Newspaper* de Jerusalén. Trataba sobre las torturas y palizas que recibían los estudiantes de las escuelas de primaria y secundaria de Hebrón por parte de sus profesores. Uno de ellos arrancó a mordiscos una oreja al estudiante Shaher Amero porque éste no había hecho bien los ejercicios de matemáticas en la clase. Otro alumno, Ali, de otra escuela islámica, fue hospitalizado con ruptura de hígado después de que un profesor le pisotease el abdomen por su mal comportamiento entre clase y clase. En mi

* Kawther Salam es una periodista palestina exiliada.

artículo trataba de un total de 51 casos de tortura y maltratos a estudiantes cometidos por parte de diferentes profesores y en varias escuelas de Hebrón. El reportaje se titulaba: “Los profesores deben estar preparados y cualificados antes de enseñar en las escuelas”. Después de su publicación, una gran delegación del Departamento General de Educación visitó a mi familia y pidió que me forzasen a publicar en el mismo diario una disculpa al director del Departamento de Educación, miembro de la familia más influyente de Hebrón. Nunca pedí perdón. Al día siguiente, los profesores nos amenazaron a mi padre y a mí. Les dije que emprendiesen medidas legales y presentasen una querrela. Les dejé claro que no pensaba pedir perdón, aunque el ministro y su padre me lo pidieran de rodillas. La tortura y los abusos a estudiantes en las escuelas sigue siendo habitual en Palestina y otros países árabes y pobres.

La gravedad y frecuencia de mis problemas aumentaron con el comienzo de la primera Intifada en 1987, cuando empecé a denunciar la conducta criminal y las violaciones a los derechos humanos por parte de las fuerzas armadas israelíes en el Banco Oeste, investigando además múltiples casos de acoso sexual contra mujeres palestinas en cárceles israelíes. La descripción detallada de algunos de estos casos documentados de acoso sexual se encuentra en mi página web.

Durante el período de paz solía trabajar en Hebrón, una de las áreas más peligrosas para los periodistas. La ciudad de Hebrón tiene aproximadamente 132.000 habitantes palestinos. Por el norte, este y sur está rodeada por el Área C, bajo control total de los israelíes, con asentamientos judíos, carreteras de circunvalación y puestos de control que estrangulan la ciudad.

Para beneficiar a unos 400 colonos judíos armados, en su mayoría ciudadanos americanos pertenecientes al movimiento terrorista judío Kahana, la ciudad de Hebrón se dividió en dos zonas: el Área H1, con cerca de 92.000 hebronitas palestinos, bajo control palestino (supuestamente), y el Área H2 bajo control israelí, con cerca de 40.000 hebronitas palestinos, que era donde yo vivía. Para proteger a aquellos 400 extremistas judíos, alrededor de Hebrón están desplegados de forma permanente 5.000 soldados israelíes.

Los colonizadores judíos de Hebrón son unos extremistas fanáticos, incluso para lo que es habitual en Israel. A menudo saquean los negocios palestinos, cortan el fluido eléctrico y las cañerías del agua, dañan a los automóviles y agreden a diario a los niños camino de la escuela. Los acosos siempre aumentan los viernes y sábados, el fin de semana judío.

El rabino Rav Leor, que vive en Kiryat Arba, uno de los mayores asentamientos judíos situados en la entrada de Hebron, instruye a los colonos judíos en los preceptos de su religión. El rabino Leor ha dicho muchas veces y en presencia de medios de comunicación, que la mayoría de las autoridades rabínicas “del pasado y del presente aceptan la opinión de que las vidas de los que no son judíos no gozan de la misma santidad

que las vidas de los judíos”, y que “la exterminación de los que no son judíos”, según él afirma, “es un precepto establecido en la teología judía”.

En 1994, el colonizador judío Baruch Goldstein, un terrorista originario de Nueva York, mató a 29 fieles que se encontraban rezando en la Mezquita de Abraham, en Hebrón y después miles de fieles cayeron heridos en el tiroteo de los militares israelíes. El rabino Leor manifestó su apoyo total a esta masacre.

En 1997, durante el tiempo de paz, los militares israelíes ocuparon la azotea de mi casa. El 31 de diciembre de 2000 mataron a mi vecino Nayef Abu Dahood, que vivía en el primer piso del edificio. El Sr. Abu Dahood había discutido con los soldados situados en la azotea para que dejaran de insultar y acosar a su mujer llamándole zorra. Los soldados entraron en su dormitorio por la mañana y uno de ellos le enseñó el pene diciéndole: “esto es mejor que lo que te da tu marido”. Cuando éste protestó, exigiéndoles respeto, los soldados reaccionaron sumamente enfadados y lo asesinaron. Naziha Abu Dahood, mi vecina, huyó a la calle y se desmayó. Después la llevaron a un hospital de Jordania para recibir tratamiento psicológico.

Los enfrentamientos diarios con los soldados israelíes y los colonos fueron en aumento, en la calle, en casa y durante el trabajo. Me llamaban puta, bruja y otros insultos por el estilo para vejarme. En casa los soldados arrojaban continuamente orina y heces sobre la ropa que tenía tendida. Ofrezco más detalles de estos actos repugnantes en mi sitio web.

A los soldados no les gustaba verme trabajando e informando en la ciudad. Y en varias ocasiones me arrestaron sin motivo. Hebrón es sobradamente conocido como lugar peligroso para los periodistas. Está en el centro del conflicto, y todas las facciones están fuertemente radicalizadas. Han asesinado a muchos periodistas, otros fueron víctimas de palizas o encarcelados sin cargos durante meses, amenazados, acosados y expulsados. Normalmente los soldados israelíes nos arrestaban durante los combates entre los colonos criminales y los palestinos. A menudo destruían nuestro equipo, nuestras cámaras, nuestras cintas, y nos arrestaban para que no fuéramos testigos de lo que estaban haciendo. El punto álgido de mi conflicto con los soldados israelíes llegó después de que yo filmase a las tropas judías llenando botellas con su orina para hacérselas beber a familias palestinas. Algunos de ellos mezclaban su orina con coca-cola antes de “ofrecérsela” a los niños pequeños.

Entre 1997 y 2000 presenté ante la policía israelí de Hebrón más de 300 querellas criminales por acosos y abusos sexuales contra las tropas israelíes. El director de la comisaría, Efi Arditi, hizo algunos comentarios sobre mi trabajo y mis querellas. Dijo que ellos no eran una misión de las Naciones Unidas, que no estaban allí para separar a judíos y palestinos de Hebrón, sino para proteger a los colonos judíos y sus intereses, *hicieran lo que hicieran*. Tengo copia de mis querellas y espero poder presentar en el futuro un caso ante el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya u otro tribunal apropiado. La policía israelí me investigó varias veces por lo que

había publicado en los periódicos porque, bajo la ley militar, los periodistas no tienen libertad de prensa. Para la policía israelí, llevar la verdad al público se considera un delito. El Coronel Amnon Cohen amenazó con matarme si publicaba un reportaje sobre la destrucción de una granja palestina a manos de los soldados como venganza contra su propietario.

Mis enfrentamientos diarios con la ocupación no eran el único problema causado por mi trabajo como periodista. Tuve muchos problemas también con la autoridad palestina y con el alcalde de la ciudad de Hebrón cuando saqué a la luz algunos de sus escándalos por corrupción. Y estuve al borde de la muerte porque el hijo del alcalde Al-Natsheh me tiró por las escaleras del ayuntamiento. Había publicado un artículo sobre su participación en la muerte de 29 trabajadoras en una fábrica que operaba con permisos indebidamente garantizados por el alcalde y el ministro de comercio.

También tuve problemas con los extremistas religiosos de Hamas, con la gente de Fatah, de la oficina del Presidente Arafat y otros. La lista completa de las personas y facciones con las que he tenido conflictos sobrepasa los límites de esta intervención.

En los últimos años todo Hebrón permanece bajo ocupación militar. Se ha convertido en una cárcel gigantesca al aire libre. Todas las entradas a la ciudad vieja de Hebrón están cerradas por orden militar. Esta nueva medida ha dejado a los habitantes de la ciudad sin accesos porque las tropas las han blindado con chapas de metal y portones de hierro. Éste es un caso claro de genocidio. Ahora los ciudadanos palestinos de la ciudad vieja están confinados en sus casas.

En los territorios ocupados se infringe la ley permanentemente. Se viola el derecho internacional, se violan incontables resoluciones de las Naciones Unidas y las convenciones de Ginebra, se violan los principios humanitarios más básicos, e incluso se violan las leyes de Israel. El 85 por ciento de los palestinos de Hebrón vive por debajo del umbral de pobreza. La inanición es una realidad en la infancia. La gente vive continuamente bajo toques de queda que a menudo se prolongan al largo de varias semanas. Las escuelas están cerradas, los negocios están cerrados, las puertas y ventanas de las casas están cubiertas con planchas de metal. Las tropas israelíes someten continuamente a la gente a redadas, arrestos en masa y torturas. En los períodos de “normalidad” la ciudad se considera zona militar, con toque de queda a partir de las seis de la tarde.

En Hebrón y los territorios ocupados rige la ley de ocupación, que permite la tiranía y la injusticia indiscriminada que la población nativa de Palestina ha tenido que sufrir y soportar durante los 39 años del denominado “tiempo de paz”.

En el año 2002 Israel publicó un decreto militar en el que se ordenaba la demolición de 22 edificios en la ciudad vieja, al este de la Mezquita de Abraham, con el fin de abrir una nueva carretera para el uso exclusivo de los fieles judíos residentes en el asentamiento ilegal de Kiryat Arba. En agosto de 2004 se demolieron estos edificios y se hizo la carretera para los

supuestos fieles, pero los israelíes todavía no estaban satisfechos. El martes 6 de diciembre de 2005 comenzaron a bloquear las puertas y ventanas de las casas palestinas que tenían vistas a ese camino, que discurría sobre las ruinas de edificios históricos para comunicar el asentamiento ilegal de Kiryat Arba con la Mezquita de Abraham. La clausura de las puertas y ventanas de estos edificios mientras sus habitantes palestinos se encontraban viviendo allí constituye una violación de sus derechos humanos, y un caso claro de genocidio.

Entre marzo y mayo de 2001 se cerraron 1.289 escuelas en los territorios ocupados. Los servicios públicos, como el suministro de agua, se han deteriorado rápidamente bajo la ocupación. En Hebrón el 80% de los niños sufre fiebre tifoidea y otras enfermedades relacionadas con infecciones de amebas. Cada barrio recibía agua durante 3 horas cada 60 días, mientras que las asentamientos ilegales judíos roban el agua de los palestinos. Esta situación, incluso antes de la Intifada, causó una escasez crítica de agua, y trajo como consecuencia la propagación de fiebre tifoidea e infecciones por amebas por el uso de aguas contaminadas.

Antes de que la Intifada comenzara, el Área H2 de Hebrón estuvo bajo toque de queda durante 123 días. 1.500 comercios palestinos de la ciudad fueron cerrados por orden militar. Los palestinos presentaron en la comisaría israelí local, sin éxito, más de 300 querellas criminales contra las tropas israelíes y los colonos judíos ilegales por robo en sus tiendas durante el toque de queda.

Por orden militar se prohibió la reconstrucción de centenares de casas en áreas bajo el control de la ocupación. Los militares o las fuerzas de policía forzaron a algunas familias a abandonar sus casas. La ocupación hizo imposible que más de medio millón de niños palestinos recibiera vacunas necesarias debido a los repetidos bloqueos e invasiones. Tenemos constancia de 140 casos de muerte conocidos a causa de enfermedades renales, cáncer y embarazos en los puntos de control israelíes. Se conocen por lo menos 14 casos de mujeres que dieron a luz en esos controles antes de la Intifada, y 8 de esos bebés murieron por falta de atención médica. Halemeh Al Alol, del pueblo de Halhol, dio a luz y perdió su hijo en la entrada de Hebrón en 1999 después de que los soldados israelíes le prohibieran entrar en el área de Hebrón bajo control de las autoridades palestinas para ir al hospital.

Pero como todo el mundo puede entender, cualquiera que vive bajo el terror de la ocupación podría, finalmente, aprender a ser un terrorista. Los suicidas-bomba son el resultado de la ocupación, de la situación frustrante, como venganza personal de lo que las tropas de la ocupación hicieron a sus familias en el Banco Oeste y en la Franja de Gaza. Cualquier joven que haya perdido a sus hermanos, o haya tenido a su padre arrestado, y posiblemente tenga su casa familiar demolida por los ocupantes, no encuentra otra manera de expresar su odio más que suicidándose, con la esperanza de que con este acto se llevará con él a algunos de sus enemigos. En la mayoría de los casos, los suicidas-bomba no informan a

sus familias de su decisión. Los palestinos luchan para conseguir paz, justicia, libertad e independencia. El gobierno israelí lucha para perpetuar la ocupación, la violación de los derechos humanos y la construcción de asentamientos judíos ilegales. Los palestinos no luchan para destruir a Israel, sino para no ser destruidos por la ocupación israelí.

Me pregunto cuánto tiempo más Europa y los Estados Unidos van a seguir apoyando el terror perpetrado por la ocupación, corrompiendo al mismo tiempo la sociedad israelí con este apoyo, cuando la solución al conflicto es tan simple: terminen inmediatamente la ocupación, dejen de construir asentamientos ilegales en territorio palestino.

Siete años antes del comienzo de la Intifada, los palestinos de los territorios ocupados vivían bajo una ley militar que incorpora los peores aspectos de la ley del Mandato Británico, la ley turca del Imperio Otomano y el derecho militar israelí, desprovistas a menudo de cualquier consideración por la justicia y las cuestiones humanitarias. Según un fallo de la corte suprema israelita el uso de tortura, “todo tipo de tortura”, es legal. Y eso es exactamente lo que ocurre en cientos de casos: las autoridades israelíes torturan a los palestinos.

El 6 de septiembre de 2000 me decidí a investigar las violaciones de derechos humanos bajo la ley militar de ocupación. Fui al tribunal militar de Adoraym, en las afueras de Hebrón. En la entrada me encontré a los abogados defensores de pie, tras una puerta cerrada y en condiciones sumamente incómodas. Les obligaban a permanecer en medio de basuras malolientes y bajo el sol, sin amparo alguno. Para poder comunicarse con el tribunal, que se encontraba a cientos de metros, los abogados debían gritar a todo pulmón cada vez que querían intervenir a favor de sus clientes. Cuando vi esta situación sentí profundamente la humillación y la injusticia. Sugerí a los abogados que en la siguiente ocasión usaran altavoces para dirigirse al personal del tribunal. Un abogado me respondió: “hemos protestado varias veces, pero nadie nos hace caso. Debemos cumplir nuestro deber porque de lo contrario nuestros clientes perderán”. Al cabo de una media hora de gritar para que viniera alguien, aparecieron cuatro soldados. Les ordenaron que se bajaran las cremalleras, se sacaran los zapatos y entregaran toda pieza de metal. Procedieron a cachear a los abogados con aparatos electrónicos y manualmente. Las severas condiciones con que eran tratados los abogados palestinos fuera del tribunal, y que yo presencié, reflejaban la realidad dentro, que incluía además una total indiferencia por los derechos humanos de los acusados. Dentro había procesos por asuntos variados, pero yo me encontraba allí para averiguar los hechos relativos a 71 acusaciones por acoso sexual de una colona judía contra jóvenes palestinos. En Hebrón basta con que un joven camine por el área bajo control de la ocupación y mire de manera “normal” a cualquier mujer judía para ser acusado de acoso sexual. Estas acusaciones no son más que otra manera de causar problemas a los palestinos, y así forzarles a dejar de usar la calle principal, Al-Shuhada, en su camino de ida o vuelta a casa. Esta calle ha sido completamente cerrada

a los palestinos. Aquel día las autoridades del tribunal decidieron, a puerta cerrada, aplazar el juicio del caso de acoso sexual que yo estaba siguiendo. La razón de este aplazamiento fue mi presencia en la sala. El fiscal se me acercó al cabo de un rato. Dijo: “sabemos que eres una periodista muy ocupada, tu tiempo es muy valioso, seguro que tienes la agenda de hoy llena con otros asuntos. Por eso hemos decidido aplazar el juicio que estaba previsto para ahora e informarte que hoy no tendremos más juicios de acoso sexual”. Le pregunté cómo habían tomado esa decisión sin haber celebrado una sesión oficial, que es la manera en que se deben tomar estas decisiones de acuerdo a la ley. El fiscal se fue a su oficina y cerró la puerta. Al rato la policía trajo a tres palestinos de la cárcel a la sala. Los prisioneros me conocían. Uno de ellos me dijo: “Por favor escribe algo sobre nosotros. Somos víctimas de la ley militar. El juez no ha levantado aún cargos contra mí después de 17 sesiones. Me han mantenido en la cárcel en malas condiciones durante 18 meses. No hay comida, te, café, medicinas ni descansos. Nos están matando sin razón. El tribunal no respeta a mi abogado, no se le permite hacer alegaciones ante el tribunal. Sólo le permiten personarse en las sesiones y tener conocimiento de los fallos, y únicamente para conferirle un sello de legitimidad a esta corte. Le pedí al juez que me permitiera tener un abogado israelí para que pudiera alegar por mí; tengo derecho a eso. Pero el juez denegó todas mis peticiones”. La policía interrumpió la conversación gritándole al prisionero. Lo que presencié en este tribunal militar no se puede denominar justicia; es tiranía colonial, violación de todo precepto humanitario. Es más, lo que vi incluso contraviene las leyes militares israelíes. Y todo esto fue antes de la primera Intifada, durante el “tiempo de paz”.

Cuando volví de Irlanda en 2002, la ocupación israelí me denegó el derecho a entrar a mi casa, en Hebrón. Denegaron la renovación de mi carné de periodista israelí, bloquearon mi casa y me echaron de la ciudad para contentar a los fanáticos colonos judíos americanos. En su opinión yo había dañado la reputación del Estado de Israel en Irlanda, según un informe del embajador israelí. Me pregunto cuál es el daño que le ocasioné al Estado de Israel. En Irlanda fui una de las quince organizadoras del congreso internacional a favor de los defensores de los derechos humanos. Participaron en este congreso representantes de más de 120 países, incluso de los Estados Unidos y de Afganistán. También se invitó a los embajadores de todos esos países. En este congreso expuse el caso de Sawsan Abu Turki, una niña palestina que fue violada el primer día de su detención en una cárcel israelí. Le pedí a la Alta Comisaría de la ONU, Mary Robinson, que investigara el caso. Sawsan Abu Turku, de Hebrón, tenía 9 años cuando fue atacada por soldados israelíes. Los soldados la detuvieron cuando iba de vuelta a casa. En uno de los controles uno de los soldados le permitió pasar pero en el siguiente no y le ordenaron que regresara. Como ya era tarde la niña no quiso volver. Los soldados la tiraron al suelo, empezaron a patearla y le golpearon la cabeza con la cachapa de los fusiles. Sawsan llegó al hospital en estado de coma. Pasó cinco días allí con mucho dolor. Cuando recibió el alta seguía con dolores de cabeza y depresión. Era

incapaz de ir a la escuela o concentrarse en el estudio. Recordó el incidente con los soldados durante más de un año. El 6 de septiembre de 2001 vi a Sawsan en el mercado viejo. No llevaba su uniforme escolar. Al cabo de un rato recibí una llamada: “¡Sawsan trató de matar a un soldado en el mercado viejo!”. Sus amigos dijeron que había dejado el colegio y su uniforme había quedado allí. Algunos testigos dijeron que Sawsan le había lanzado un cuchillo a una patrulla militar en el mercado viejo, y luego corrió a esconderse en las tiendas más cercanas. Su padre se quedó atónito cuando escuchó las noticias. No sabía donde podía haber conseguido el cuchillo que llevaba. El primer día de su arresto Sawsan fue violada dos veces por policías israelíes. Le prohibieron recibir visitas. Durante su juicio en el tribunal militar en Beit Il tenía las manos atadas a la espalda. La niña fue acusada de atentar contra un soldado. La historia de su caso, que publiqué en los medios de comunicación, forzó al juez a concederle la libertad condicional bajo fianza de 15.000 shekels (aproximadamente 4.000 dólares) hasta que el tribunal militar de Beit Il llegara a un fallo definitivo.

La ocupación ilegal de los territorios palestinos viola los más básicos derechos de los niños palestinos. Todos los crímenes perpetrados por israelíes contra palestinos durante las pasadas décadas, desde las torturas hasta los asesinatos ilegales o expulsiones, la imposibilidad de recibir tratamiento médico, la discriminación, la destrucción de casas y recursos para el sustento de las familias palestinas, tienen un efecto desproporcionadamente alto sobre ellos. La Convención de las Naciones Unidas sobre Derechos de la Infancia garantiza los derechos fundamentales a todos los niños. El Estado de Israel firmó y ratificó este tratado en octubre de 1991. Desde entonces Israel ha faltado sistemáticamente a sus obligaciones violando los derechos de los niños palestinos de todas las maneras posibles.

Déjenme preguntarles si hay algún tipo de ecuanimidad en la política extranjera de los Estados Unidos respecto al Oriente Medio. ¿Tienen ambas naciones, israelíes y palestinos, los mismos derechos en el nuevo orden global de los Estados Unidos? La situación actual de Israel, ¿es la misma que la situación actual del Banco Oeste? ¿Tienen los Estados Unidos el poder, o la voluntad, de forzar a los israelíes a acatar las resoluciones de la ONU? ¿Quieren realmente los Estados Unidos e Israel la paz en Palestina y Oriente Medio? ¿Hay alguna persona en algún sitio del mundo que quiera seguir viviendo bajo una ocupación después de 36 años, o como refugiado después de 55 años? Sin ir muy lejos es obvio que las respuestas a todas estas preguntas son negativas.

Leí el último reportaje acerca de las violaciones de los derechos humanos en el mundo. No se incluía una sola frase acerca de las violaciones de los derechos humanos del pueblo palestino bajo la ocupación. Ese reportaje ignora asimismo las violaciones de los derechos humanos cometidos por los americanos en Irak, Afganistán, Guantánamo y otras partes del mundo.

En realidad los americanos quieren cambiar el mapa político e histórico del conflicto de Oriente Medio. Su nuevo orden global se basa en normas contradictorias. La historia de acciones terroristas, Al Qaeda, Osama Bin Laden, Zarqawi y el creciente odio contra de musulmanes, son todos instigados por la CIA. El gobierno de los Estados Unidos quiere encubrir el desastre que se ha ocasionado a sí mismo con la ocupación del Irak, y por eso se inventan el cuento del terrorismo y Al-Qaeda. No me puedo imaginar que un hombre tan estúpido como Osama Bin Laden se encuentre "luchando" contra los todopoderosos Estados Unidos sin el expreso permiso de la CIA. Él no es una aguja en el desierto, y los americanos tienen todo lo necesario para capturar a Osama Bin Laden si quieren, si realmente existe.

Finalmente, vivir permanentemente bajo ocupación y la Intifada ha llevado a nuestro pueblo y a los israelíes a un verdadero desastre.

Según las estadísticas, las mujeres palestinas componen el grupo demográfico con menor número de muertes después los de niños israelíes. ¿Significa esto que las mujeres palestinas son las ganadoras del conflicto? No. Las mujeres también pierden sus vidas en esta cruel guerra de judíos contra palestinos, que al mismo tiempo es una lucha del patriarcado contra los derechos de las mujeres. Las mujeres pierden sus vidas de manera mucho más lenta, mucho menos perceptible y de forma muy diferente, y por eso están sólo parcialmente reflejadas tanto en las estadísticas oficiales como en las no oficiales. La sociedad palestina ha retrocedido cincuenta años. Los asesinatos de mujeres y niñas han aumentado. El año pasado mataron a más de 60 niñas por asuntos relacionados con el honor de sus familias. Las propias familias, hermanos, padres, madres y otros familiares, algunas veces incluso los pistoleros extremistas religiosos, justifican estos asesinatos a sangre fría ya que se las había visto hablando con un hombre en la universidad, tomándose un café con un amigo, o porque se enamoraron; incluso porque se vieron obligadas a dormir fuera de casa debido al toque de queda y las fronteras israelíes. La edad para casarse en Palestina oscila entre los 14 y los 18 años. Durante la Intifada las niñas se vieron obligadas a dejar el colegio y casarse a esa temprana edad. Esto ha incrementado los casos, ya existentes, de maltratos y los divorcios de sus jóvenes maridos, además de otras consecuencias negativas para estas mujeres, y en nuestra sociedad, las mujeres divorciadas llevan vidas sumamente restringidas.

La nueva generación de palestinos que sufrieron la Intifada está afectada por profundos problemas psicológicos motivados por estrés. Son una generación sin esperanza, afectados por sentimientos de odio, venganza, analfabetismo e ignorancia, y esto nos va afectar durante los siguientes cincuenta años. Al mismo tiempo en Israel la sociedad civil padece la presencia de la ocupación israelí en el Banco Oeste. Muchas familias han perdido a sus hijos, madres, padres, debido a los suicidas. Los pobres también sufren en Israel debido a los recortes de los presupuestos para gastos sociales, para poder construir los nuevos asentamientos. Y las estadísticas de desempleo han empeorado.